

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Alan Pauls

# Historia del pelo



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* «Crossing Over», escultura de arce joven, Patrick Dougherty  
([www.stickwork.net](http://www.stickwork.net) <<http://www.stickwork.net>>),  
foto © Dennis Crowley

*Primera edición: marzo 2010*

© Alan Pauls, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7209-5  
Depósito Legal: B. 2284-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Vivi*

No pasa día sin que piense en el pelo. Cortárselo mucho, poco, cortárselo rápido, dejárselo crecer, no cortárselo más, raparse, afeitarse la cabeza para siempre. No hay solución definitiva. Está condenado a ocuparse del asunto una y otra vez. Así, esclavo del pelo, quién sabe, hasta reventar. Pero incluso entonces. ¿O no ha leído que...? ¿No les crece el pelo también a...? ¿O eran las uñas?

Una vez, en verano, escapando del calor —son las cuatro de la tarde, casi no hay gente en la calle—, se mete en una peluquería desierta. Le lavan el pelo. Está boca arriba, con la nuca apoyada en la canaleta de plástico. Aunque está incómodo y le duelen las cervicales, y lo inquieta un poco la desaprensión con que su garganta parece ofrecerse al tajo del primer degollador que le salga al cruce, el masaje de los dedos, la dulce nube de perfume vegetal que se desprende de su cabeza y la presión de los chorros de agua tibia lo embriagan, transportándolo de a poco hacia una especie de ensueño. No tarda en

dormirse. Lo primero que ve cuando vuelve a abrir los ojos, tan cerca que lo ve fuera de foco, como pintado sobre una superficie de arenas movedizas, es la cara de la chica que le lava la cabeza inclinada sobre él, invertida, la frente de ella suspendida a la altura de su boca. ¿Qué está haciendo? ¿Lo huele? ¿Está por besarlo? Se queda quieto, vigilándola con sus ojos ciegos, hasta que la chica, después de unos segundos de concentración en que se priva hasta de respirar, intercepta con una uña larga y filosa el afluyente descarriado de champú que estaba a punto de metérsele en un ojo. Recién despierto, no puede recordar, aunque lo intenta, cómo era en verdad esa cara diez minutos atrás, cuando acababa de entrar en la peluquería y la vio por primera vez y ella sin duda le salió al cruce para preguntarle: «¿Te vas a lavar?» Ahora la tiene tan cerca que sería incapaz de describirla. Podría enamorarse de ella. De hecho no sabe si no se ha enamorado ya, al abrir los ojos y descubrir su rostro casi pegado al suyo, gigantesco, un poco como le sucede en el cine cuando se queda unos segundos dormido y al despertar se rinde al hechizo, siempre infalible, de lo primero que ve en la pantalla.

No importa si lo que aparece es un paisaje, un paredón comido por una enredadera, una avenida que hormiguea de gente, una manada de animales, el bendito portón de la fábrica de los hermanos Lumière –la primera imagen siempre es una cara. La cara es el fenómeno por excelencia, el único objeto de adoración para el que no hay defensa ni remedio. Es algo que aprende de muy joven, traduciendo a Shakespeare, cuando un teatro municipal le encarga una versión en castellano actual

del *Sueño de una noche de verano*. Traduce el texto a velocidad récord, en estado de trance, como traduce por entonces todo lo que cae en sus manos: manuales de instrucciones de electrodomésticos, diálogos de películas, Kant, ensayos de teología de la liberación, psicoanálisis lacaniano, encargos que tan pronto como acepta procede a pasar por la máquina, como llama entonces a traducir, y luego expele en una especie de alocado vértigo digestivo. Pero después, una vez que ha entregado su trabajo y le toca recibir los comentarios del director que han contratado para poner en escena la obra, un ex acróbata diminuto que fuma en boquilla y escupe el humo de costado, por la arcada que le ha dejado a un lado de la boca una muela prófuga, todo el precioso tiempo que ha ganado con su método de traducción-bala lo pierde, lo pierde sin consuelo, cuando se descubre volviendo a casa con las ochenta y cinco páginas de la versión y la sugerencia, la orden más bien, dado que los ensayos empiezan en una semana, de insuflarle un tono un poco más juvenil –justamente él, que no tiene veintitrés años y ya parece de cuarenta–, cortar páginas enteras de versos soberbios, incrustar el texto con la misma desoladora fruta abrillantada de siempre, chistecitos, referencias a la actualidad local, canciones ridículas, única manera, según le confiesa avergonzado el director, de venderles un Shakespeare a esas hordas de estudiantes secundarios que pronto, obligados a su vez a comprarlo por sus escuelas, clientes principales, si no únicos, de esa clase de iniciativas del teatro municipal, harán retumbar sus salvas de carcajadas y sus eructos en el circuito de salas moribundas que persisten en programarlas.